



# ORNAMENTACIÓN ESPIRITUAL

La Semana Santa de León es uno de los mayores acontecimientos de la ciudad. Tras la declaración de Fiesta de Interés Turístico Internacional en el año 2002 se puso en marcha una proclamación de intenciones pasionales, una puesta en escena cada vez más vigorosa, llena de anhelos y consecuencias estéticas que van intensificando el carácter autóctono de los leoneses y de todos los visitantes que inundan las calles para contemplar los cortejos procesionales.

Desde el Viernes de Dolores con la procesión de la Virgen del Mercado hasta el Domingo de Resurrección con la euforia desatada por una nueva senda hacia el ámbito celestial, recorren los diferentes itinerarios con casi treinta procesiones, cinco Vía Crucis (uno de ellos cantado), una Ronda de carácter literario, el Encuentro tan esperado en la procesión de Los Pasos y la imaginaria puesta al servicio de la dogmatización.

El arte bajo el cielo, mojado, lloroso por las plegarias de los penitentes. Todo queda inundado por una atmósfera, especial, mágica y sobre todo vigorosa llena de fuerza y reverencia contenida. Un cúmulo de solidaridad pocas veces percibido en cualquier colectivo. Tres cofradías marcaron el génesis de los desfiles, conocidas como negras, antiguas y sobre todo llenas de historia.

Los templos de Santa Nonia y San Martín son míticos dentro de la iconología de los cortejos. Cuna de los gremios, de las primeras ayudas sociales, las cofradías ejercían su derecho de prestamistas a sus hermanos y mejoraban la calidad de vida de los más desfavorecidos. Se alzan llenas de gloria, con la obligación de dar ejemplo y marcar la pauta al resto. Son señeras, remotas, son hordas de penitentes donde el bloque humano se acentúa a través del manto oscuro y sargas negras.

A mediados del siglo XX se produce la incorporación de cofradías relacionadas con barrios y oficios concretos. Ferroviarios, universitarios, obreros y hosteleros comienzan un periplo dentro de los séquitos devocionales. El color y la textura de las túnicas rompen la tradición de siglos atrás. El rojo como alegoría de la sangre vertida, el morado como reivindicación de la Ascensión, el marrón como símbolo de la austeridad más deseada. Y el elegante terciopelo trasgresor y deudor de la escenografía más barroca. 1950 brumas cántabras con La Sagrada Cena, un antes y un después...

Parecía que el número de siete cofradías era intocable, imperecedero. Un recorrido secuencial por todos los sufrimientos del Hijo de Dios recatado, sin mácula, sin errores, todo tenía sentido. A finales del siglo XX, en plena década de los años noventa se produce una serie de acontecimientos dignos de un estudio sociológico, la creación de nueve cofradías. Lo que no se había conseguido en más de cuatrocientos años se logra en menos de un decenio.

Los ajustes entre todas ellas son delicados en los comienzos, pero gracias a la generosidad por parte de todos se ha conseguido un círculo tranquilizador donde las pesadillas más voraces dejaron paso a una fusión de intereses comunes como es la exaltación y promoción de la cosmopolita Semana Santa de León.

JAVIER CABALLERO CHICA.  
Historiador del Arte



# SEMANA SANTA